

Reseña

BEZUNARTEA, Ofa (2013): *Memorias de la Violencia. Profesores, periodistas y jueces que ETA mandó al exilio*, Córdoba, Alfabuara, 341 págs.

Obra de la periodista y catedrática vasca Ofa Bezunarte que analiza los testimonios más directos de intelectuales, profesores, jueces y periodistas exiliados que se rebelaron con su voz, su pluma y su ética a estar “condenados al silencio”.

El libro, fruto de un proyecto de la Fundación Jiménez-Becerril se encargó a Bezunarte que reunía la condición de profesora de Universidad, periodista y exiliada. A su nombre se suman el de otros exiliados como los profesores Mikel Azurmendi, Mikel Iriondo, Carlos Fernández de Casadevante, Gotzone Mora, Edurne Uriarte, Manu Montero, Francisco Llera y los periodistas José María Calleja, Aurora Intxausti, Carmen Gurrutxaga, Charo y José Antonio Zarzalejos y Pedro Briongos. La intimidación que sufrieron a finales de los años noventa se encuadra en el marco de las llamadas *violencia de persecución y estrategia de socialización del sufrimiento*, una decisión de ETA de añadir a sus objetivos tradicionales (fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado y militares) otros sectores sociales como políticos, intelectuales, periodistas, jueces... El balance, según fuentes de la Policía Nacional fue de 65 profesores, 326 periodistas y 206 jueces amenazados sobre los que caía la sombra de posibles atentados.

Ocho capítulos configuran un documentado marco teórico en el que autores especializados y fundaciones de referencia exponen sus tesis sobre la acción de ETA, la tipología de víctimas y los efectos presentes y futuros que han marcado a la sociedad vasca. La estructura responde a cuatro capítulos centrados en la construcción del relato sobre la violencia de ETA, un capítulo V, con entrevistas a profesores y periodistas amenazados y tres últimos episodios que se ocupan de la extorsión de los jueces y del conflicto de profesores abertzales y alumnos presos de ETA en la Universidad del País Vasco.

El primero de los capítulos titulado *Preocupación por el relato* se propone explicar el estado de anormalidad protagonizado por la violencia de ETA y de la Dictadura, que a partir de 1977 se le imputa en exclusividad a la organización terrorista. Ni siquiera la amnistía general que vació las cárceles de presos vascos evitó el rechazo de ETA a una reforma política que ponía a prueba las diferencias irreconciliables entre los partidos herederos del franquismo y los que sufrieron su dureza (pág.13).

La hipótesis de partida de la autora es la manipulación por parte de los *victimarios*, miembros de ETA y de la izquierda *abertzale* que a partir del anuncio del cese definitivo

de la violencia armada pretenden mostrarse a la sociedad como víctimas, atribuyendo el sufrimiento a un conflicto histórico que se retrotrae a la Guerra Civil y por supuesto a la unión de Navarra y Castilla en el siglo XVI y parte de la Reconquista. Incidir en la orientación del relato y en tesis historicistas según las cuales la lucha armada de ETA ha estado determinada por la ancestral lucha por la libertad del pueblo vasco es una constante en los discursos de la izquierda *abertzale* así como en sus colaboraciones en los medios de comunicación. Argumentos como los de la ex directora de Egin, Mirentxu Purroy, que explica que ciertamente la historia de Euskal Herria es la historia de una resistencia frente al espíritu conquistador de los estados vecinos... donde los hitos más importantes de la construcción nacional son el nacimiento de ETA, la constitución de KAS, la lucha de la izquierda contra la represión policial, contra la Ley de Partidos, ilegalización de Batasuna... o los del que fuera consejero del Gobierno vasco del PNV, Joseba Arregui, que entiende la historia vasca como una división incesante (...) con los guipuzcoanos que luchan contra Navarra, se separan de ella para unirse a Castilla, al igual que los alaveses con las guerras de banderizos (...), las guerras entre carlistas y liberales, (...) responden según la autora a la táctica de achacar al determinismo histórico el ejercicio de la violencia y del terrorismo y de evitar que la sociedad vasca se plantee cualquier posibilidad de revisión crítica de su pasado (pág.24).

Documentos como la Ley de Reconocimiento y Reparación de las Víctimas del Terrorismo (2008), Informe del Ararteko sobre Atención Institucional a las Víctimas del Terrorismo de *Euskadi* (2009) o el Plan de Convivencia Democrática y Deslegitimación de la violencia (2010) aprobados por el Parlamento vasco ayudarán a la confección del relato sin olvidar proyectos como el de la Fundación Euskal Memoria (2009) cuyo objeto es recuperar y reconstruir la memoria del pueblo vasco mediante campañas divulgativas y de documentación.

Porque un mensaje que cala a lo largo de todo el libro es “no podemos mirar hacia otro lado”. Algunas de las obras sobre Euskadi como *Las raíces del miedo* (2003) de Florencio Domínguez o *El mal consentido* (2010) de Aurelio Arteta señalan facetas del relato del pasado y hacen reflexionar sobre la pasividad o inhibición ante datos irrefutables: 858 asesinatos de ETA, 77 secuestros, 42.000 personas amenazadas (jueces, fiscales, cargos electos del PSE y PP, profesores de la universidad y periodistas, miles de empresarios... que deberían ir con escolta) y más de 9000 ataques a entidades públicas y privadas de la *kale borroka*. Y se cierra este primer capítulo con el subtítulo *Relatos en primera persona* donde destacan las palabras de Antonio Muñoz Molina que en su artículo “Tiempo de contar” llama a hablar exactamente de lo que pasó y “hay que empezar a hacerlo ahora que todavía viven y están lúcidos la mayoría de los protagonistas, los testigos, las víctimas no ejecutadas” (pág.53).

A partir de los siguientes capítulos la historia se centra en lo que se denomina el tercer círculo de víctimas (el primero responde a los asesinados, el segundo a los familiares), quienes durante años pudieron pensar con sobrados motivos que se encontraban

en la lista de espera para ser asesinados (pág.14). Ataques y amenazas de la *kale borroka* a políticos, intelectuales, periodistas y jueces. En el capítulo *Vidas marcadas* la autora se refiere a los medios de comunicación. “ETA ha tenido especial fijación con la prensa y los periodistas”. La *Koordinadora Abertzale Sozialista* (KAS) elaboró un documento en 1990 titulado *Propuesta de línea de actuación ante los mass media* que sostenía entre otros argumentos que los periodistas estaban jugando el papel de colaboradores policiales, que seguían las directrices del Gobierno de Felipe González en 1983, que todos los medios estaban involucrados con el Ministerio del Interior y que los periodistas eran retribuidos por ello. En 1995 ataque a *RNE* y *RTVE* en Vitoria, en 1996 destrucción de una Unidad Móvil de la *SER* en Bilbao, *cócteles molotov* contra la Delegación de *El Mundo* y *El Diario Vasco* en San Sebastián... acciones que se recrudecieron al concluir la tregua de ETA y el Pacto de Lizarra. Calificaron de *enemigos de Euskal Herria* a todos los medios excepto a los de órbita nacionalista: *Deia*, *Gara*, *Egunkaria*, *EITB*.

Victimación Oculta y *Los Pasos del Calvario* retratan las estrategias de persecución y de aislamiento social de las víctimas de la violencia. Los efectos son perversos. Se crea un clima de amenaza y acoso, sensación de temor continuado... que conduzca a las víctimas al silencio, la sumisión o la huida (pág. 76). Son siete los pasos que contempla Bezunartea: *El golpe de la noticia* que cuenta la reacción cuando desde Interior comunican que se es objetivo de ETA “por sus ataques a la izquierda abertzale, porque son constitucionalistas, se oponen a que los presos estudien en la UPV...” y que desde ese momento deben tomar medidas de autoprotección, llevar escolta, evitar rutinas... *Enemigo del pueblo* que recoge las reflexiones de los entrevistados y sus preguntas de por qué a ellos, su crítica al totalitarismo de ETA y a la izquierda radical al considerar ilegítimas todas las opciones políticas excepto el nacionalismo, el *Síndrome del apestado*, relativo a las sensaciones de soledad, de insensibilidad general, de boicot a periodistas, intelectuales o profesores universitarios. Como afirma el profesor Manu Montero “El aislamiento se da porque producimos miedo” o como explica la periodista y socióloga Edurne Iriarte “El hecho es que la reacción que se produce en el País Vasco con los que llevan escolta es de rechazo” (pág. 91). Los testimonios de los amenazados corroboran la rentabilidad de la violencia porque la mayoría de la sociedad cede a la presión radical.

En *La Excepción nacionalista* se hace referencia a la actitud de silencio del PNV y rechazo de parte de la sociedad ante “los vascos traidores. Los entrevistados entienden que los nacionalistas han constituido un grupo privilegiado por librarse de la persecución de los violentos y porque consiguieron posiciones sociales, políticas y económicas ventajosas (pág.99). *Decidir la marcha*, refleja las sensaciones de las víctimas al dejar la tierra con o sin los suyos, romper con un estilo de vida, adaptarse a la fuerza y resignarse. Saberse bajo el punto de mira de ETA y, por tanto, en riesgo de muerte -y no por una apreciación subjetiva, sino por las advertencias documentadas de la policía- considera Bezunartea que “es una potente razón para enfrentarse a la dura

prueba de marchar” (pág.103). *El testimonio del que se queda* contempla a quienes a pesar de todo no abandonan Euskadi (El caso del periodista Gorka Landáburu, que llevando en su rostro y manos la huella de un paquete bomba de ETA decidió quedarse reconociendo el riesgo y la dura realidad de vivir sin libertad de movimientos, con la perenne sombra de los escoltas). Por último *Sobre los autores de las amenazas* recoge el desinterés de las víctimas por conocer la identidad de sus perseguidores o su queja ante la actuación policial. Difícil la identificación dada la peculiaridad de la organización política de los integrantes de KAS, que sin organización interna ni afiliaciones, coloca en el círculo potencial de pertenencia a sus siglas a todo el electorado: entre 150.000 y 300.000, dependiendo de distintos resultados electorales. Estas condiciones del ambiente político y social hacen que los amenazados desechen la idea de poder conocer a quienes les han colocado en situación de riesgo.

En los tres últimos episodios Bezunartea focaliza en un doble plano: el judicial que relata la extorsión y persecución de los jueces no vascos que se intensificó a partir del asesinato del magistrado José María Lidón, miembro del Poder Judicial (*Jueces bajo el pánico escénico*) y el universitario, con una redacción muy detallada de la desestabilización de la vida académica en la Universidad del País Vasco (UPV-EHU) provocada por profesores “convertidos en vanguardia” para la consecución de un profesorado propio. Acertadamente la autora lo titula *La universidad, un espejo*, un espejo que traslada las estrategias del MLNV, su correlato y el ataque a la vida universitaria. Una verdadera pesadilla en las aulas. Se respira con la lectura la situación de riesgo y la valentía de los afectados, la persistencia de “los de la pancarta”, profesores *euskaldunes* vinculados a la izquierda *abertzale* que rechazaban convertirse en funcionarios de la Universidad española.

Bezunartea cierra su obra con un último capítulo titulado *Un ángulo oscuro: los presos de ETA y la UPV-EHU* dedicado al episodio de los “privilegios” de los presos de ETA en sus estudios universitarios. El Foro de Ermua advirtió al presidente Aznar de estas irregularidades administrativas y académicas, lo que levantó una polvareda en los medios y en la opinión pública (se generó una imagen de complicidad de la Universidad con el terrorismo) y desencadenó la modificación de la Ley Penitenciaria: los presos sólo podrían acceder a la universidad a través de centros de estudios a distancia. Y vuelta a empezar con el eterno conflicto.

Memorias de la violencia, un trabajo de investigación que convierte al lector en testigo crítico de un trozo de la historia de ETA y de sus víctimas sobre el que no se debería pasar página.

El imperativo es “Hagamos Memoria”.

Concha Pérez Curiel
Universidad de Sevilla
cperez1@us.es